CANTO TRIGÉSIMO

Continuacion.—Existen falsarios divididos en tres clases: 1.ª Los que tomaron el carácter de otras personas, se persiguen sin cesar á mordiscos.—2.ª Monederos falsos, atacados de hidropesía y sed inestinguible.—3.ª Calumniadores arrojados unos sobre otros, devorados por la fiebre.—Maese Adam y Simon de Troya.

DURANTE la época que Juno, celosa de Semelé, estaba rabiosa contra la sangre tebana, como lo probó diferentes veces, Athenas se tornó tan insensato, que al notar que se le dirigian su esposa y sus dos hijas, exclamó:

«Preparemos las redes y cace yo á un tiempo la leona y sus cachorros;» y tendiendo sus malhadadas garras, cogió á uno de sus hijos, llamado Learco, lo volteó por el aire, estrellándolo contra una peña, en tanto que ahogaba á la madre con el otro pedazo de su alma.

Cuando la desgracia abatió el poderío de los troyanos, decididos á todas las empresas, hasta que el pueblo y su soberano cayeron á una vez, Flecuba, desconsolada, mísera y encadenada, luego de ver muerta á Polixena y su Polidoro, quedó tan destrozado su corazon, que en su vehemente furia ladró como una perra, de tal suerte, que su corazon llegó á extraviarse.

Mas ni los tebanos ni los troyanos desmostraron tanta crueldad en atormentar animales ó cuerpos humanos, como la que observé en dos sombras pálidas y desnudas, que mordian corriendo cual un cerdo al huir de la pocilga.

Una de ellas se lanzó sobre Capocchio, le asestó un golpe en la nuca, y arrastrándole hizo que el vientre barriese el duro suelo: el aretino (1) dijome temblando: «Esa furia no es otro que Gianni Schicci (2), cuya rabia así atormenta á los demás.»

(1) Gripolin, natural de la ciudad de Arezzo.

(2) Juan Schicci, de la familia Cavalcanti en Florencia, habia remedado á todo el mundo con tal propiedad, que muriendo Buoso Donati sin testar, pariente cercano de su amigo Simon Donati, resolvió éste, para heredarle, ocultar su muerte, propuso á Schicci que se metiera en la cama, é imitando á Buoso, testara á su

«¡Oh! le dije, si esa es otra furia no llega á clavar sus dientes en tu cuerpo, dime sin cuidado quien es antes que se oculte.»

Y él contestó: «Es la antigua alma de aquella criminal Mirra, que abusando de las leyes de la honestidad, fué amante de su padre; para cometer esta horrible falta tomó nueva forma, igual que aquella otra que está más allá, que consintió, para ganar la reina de la yaguacería, en pasar por Buoso Donati y hacer testamento en su nombre, dando forma legal á dicho documento.»

Luego que aquellas dos furias que llamaron mi atencion hubieron pasado, volvíme para contemplar las otras sombras que nacieron malas.

Una de ellas tenia la forma de laud, en caso de que su alma estuviera en el sitio donde el cuerpo se divide á semejanza de horca; la pesada hidropesía que tanto desfigura los miembros á causa del humor, diferenciándolos de suerte que el rostro no corresponde al vientre, le precisaba á tener abiertos los labios, asimilándose al tísico, que cuando la sed le acosa, lleva sus labios, uno á la nariz y el otro á la barba.

favor; así se verificó, en efecto, mediante el regalo de una yegua de gran precio, llamada *Donna della Tonna*.

«Los que no sufrís castigo alguno en este miserable mundo (no sé por qué), dijo, contempladme y fijaos en el torcedor de Maese Adam (1). Viví saciando todos mis deseos, y en este momento ¡ay! anhelo una gota de agua.

»Los arroyos que de las frondosas colinas de Casentino bajan al Arno, abriendo cauces de voluptuosa frescura, permanecen continuamente á mi vista, y no en vano, por estenuarme su vista más aun que la dolencia que descarna mi cuerpo.

»La severa justicia que me asedia, se sirve del sitio de mis pecados para mejor alimentar mi angustia.

»Romena, donde falsifiqué las monedas con el cuño del Bautista, está allí, por lo que dejo en la tierra un cuerpo abrasado. Mas si viera aquí la criminal alma de Guido (2), la de Alejandro y la de su hermano, no compareceria á su vista ni siquiera por la fuente de Branda.

»Aquí dentro se encuentra una de ellas ya, si no mienten las furiosas sombras que vagan por estos lugares dando vueltas; mas ¡qué me importa á mí, si tengo encadenados los miembros!

»Siquiera tuviera agilidad para adelantar una línea en un siglo, ya hubiera emprendido el camino, persiguiéndole á través de esa infame raza en este abismo, que mide once millas de circunferencia y media de ancho.

»Ellos no son culpables de que yo pertenezca á esta raza, pero me indujeron á acuñar florines con tres quilates de liga.»

Yo le respondí: «¿Quiénes son esos dos míseros que humean cual una mano mojada en el invierno, y que tanto se aprietan entre sí á tu derecha?»

«Los encontré ya en este sitio, sin que desde entonces se hayan movido, me dijo; de esta suerte, que no creo vuelvan á moverse.

»Uno de ellos es el tramposo acusador de José, y el otro, Simeon el falso, el griego de Troya; en su rabiosa calentura arrojan ese denso y fétido vapor.»

Indignado uno de ellos, tal vez porque se le nombraba con aquel nombre infamante, dió un puñetazo en el duro vientre del hidrópico, que resonó como un tambor. Maese Adam, á su

(1) Hábil monedero de Brescia, que en convinencia con los condes de Romena falsificó los florines que tenian la imágen de san Juan Bautista, patron de Florencia.

(2) Guido y Alejandro, condes de Romena y Casentin antes citados.

vez, le pegó en el rostro, con un brazo que no parecia más blando, diciendo:

«Sin embargo de no poder moverme á causa de la pesadez de mis miembros, tengo todavía agilidad en el brazo para ejercer este oficio.» El otro le contestó:—«No lo eras tanto cuando marchabas á la hoguera, pero lo habias sido más cuando acuñabas monedas falsas.»

El hidrópico añadió: «Dices verdad en esto; pero no la dijiste en Troya cuando te se reclamaba.»

«Si yo afirmé una falsedad, tú falsificaste los cuños, repuso Simon; yo sólo una vez falté, mientras tú faltaste mas veces que todos los condenados.»

«Perjuro, recuerda el caballo de madera, repuso el del gran abdómen, y que tu delito sea castigado, ya que lo conoce el orbe entero.»

«Y tú, le increpó el griego, que seas castigado por la sed que agrieta tu lengua, y por ese corrompido líquido que alza tu vientre como una barrera ante tu vista.»

El monedero: «No abres tu boca, segun costumbre, sino para blasfemar; si tengo sed y el humor abulta mi cuerpo, tú llevas interiormente el fuego en que arde tu cabeza; poco habia que rogarte para que te decidieras á lamer el espejo de Narciso.»

Yo no pensaba más que en oirles, cuando mi guia me dijo: «Prosigue mirando, que estoy tentado de reñirte.»

Al oir su voz amenazante, volvíme ruboroso á él y aun lo conservo vivo con su recuerdo en la memoria. E hice cual el que sueña en su desgracia y anhela soñar para seguir soñando, porque quiere que sea aquello que ya fué: no podia hablar ni escusarme, y á pesar de todo me escusaba sin darme cuenta de ello.

«Con mucha menos confusion, me dijo, podia olvidarse una falta más grande que la tuya: así, sacude toda tristeza, y recuerda que me hallo siempre á tu lado, si sucede que el acaso vuelve á reunirte con séres entregados á tales disensiones. Porque el pretender oir tales cosas, es desear una bajeza.»

CANTO TRIGÉSIMOPRIMERO

Noveno y postrer círculo, ó el de los Traidores.—Está dividido en cuatro recintos, en los que se castigan otras tantas clases de Traidores.—Los poetas hallaron en ellos á Nembrod, Efialto, Anteo y otros gigantes que daban vueltas al círculo infernal.—Anteo toma en sus brazos á ambos poetas y los conduce al fondo del círculo noveno.

La propia lengua que antes habia hecho cambiar el color de mis mejillas me presentó luego el remedio, imitando á la lanza de Aquiles y su padre que, segun dicen, al principio causaba daño y despues encanto inexplicable.

Dejamos atrás aquel valle desventurado, marchando sin hablar á lo largo de la orilla que le circuye. En ella no reinaba la luz ni la sombra, por lo que no podia extenderse mi vista muy léjos.

Pero percibí el hórrido tañido de una trompa que hubiera apagado el estampido del trueno, y guiado por su eco, fijé la vista en el punto de donde partia.

Ni despues de la derrota en que Carlo-Magno perdió todo el fruto de su empresa santa, tronó con más ímpetu la trompa de Rolando.

Alcé los ojos, y me pareció que veia gran número de altísimas torres, y pregunté: «Maestro, ¿qué pueblo es ese?»

Contestóme: «Como quieres ver desde muy léjos y entre tinieblas, te has engañado; ya verás en llegando cuánto ofusca la distancia el órgano de la vision; adelanta el paso.»

Entonces, cogiéndome la mano con ternura, me dijo:

«Antes de que pasemos más adelante, sabe, para que te parezcan menos extraños aquellos bultos, que no son torres, y sí gigantes sumidos en el pozo del borde, desde el vientre á los piés.»

Segun la mirada que al desvanecerse la niebla va descubriendo los objetos escondidos por el vapor que envolvia el aire, iba descubriendo yo, á medida que iba cruzando aquel vapor denso y oscuro, y que me aproximaba más y más al

borde del pozo, que por inmenso que mi error hubiera sido, no lo era tanto como el pánico que le iba sucediendo.

Porque como Montereygione corona de torres todo su recinto, lo mismo se alzaban sobre el brocal del pozo la mitad de los cuerpos de aquellos horrendos gigantes á quienes Júpiter amenaza aún desde lo alto del cielo siempre que truena.

Ya principié á descubrir los rostros, los hombros, el pecho, parte del vientre y los brazos, que tenia tendidos uno de ellos. Verdaderamente que naturaleza se manejó con gran sabiduría al olvidar la manera de crear mónstruos tales, puesto que privó á Marte de tan tremendos ejecutores.

Si bien ahora cria, sin motivo de arrepentimiento, elefantes y ballenas, el que calcule bien, sólo verá en esto una señal de su discrecion y justicia; pues cuando la razon del humano espíritu va junta al poder y á la malevolencia, no hay en la tierra resistencia posible.

Su cabeza parecióme tan grande y prolongada, cual la pina de San Pedro en Roma, siendo arreglados á ella los demás miembros; de suerte, que vistos desde la orilla, asimilaban treinta robustas palmeras, desde el brocal del pozo hasta donde el hombre acostumbra á abrochar su capa.

«Raphe Imai amechza bialmí,» comenzó á proferir la orgullosa boca, que no puede pronunciar más dulces salmos.

Mi Maestro le dijo: «Alma insensata, haz resonar esa trompa, para proporcionarte alivio cuando la cólera ú otra pasion te agite: Busca en tu garganta, alma imbécil, y hallarás la correa que sustenta tu trompa y que amarra tu descomunal cintura.»

Despues me dijo á mí: «Ese que se acusa á sí propio, es Nembrod, cuya temeraria empresa dió márgen á que el mundo emplee más de una lengua (1).

Dejémoslo; no hablemos inútilmente; pues tan desconocida le es nuestra lengua, como á nosotros la suya.

Continuamos nuestro camino con direccion á la izquierda, y como á un tiro de ballesta encontramos otro gigante, más feroz y formidable.

No puedo decir quién dispuso su atadura de aquel modo; el brazo izquierdo lo llevaba atado delante y el derecho

(1) Nembrod, hijo de Chus, uno de los operarios de la torre de Babel.

detrás; una cadena le sujetaba desde el pescuezo hasta el sitio que tenia en descubierto, dando cinco vueltas á su cuerpo.

«Ese fátuo quiso medir su poder con el del soberano Júpiter, me dijo mi Maestro, y esta es la gloria que alcanzó su loca empresa. Se llama Efialte, y manifestó su audacia al imponerse los gigantes á los mismos dioses; no volverá á mover el brazo que alzara entonces.»

Yo le contesté: «Si no fuera imposible, desearia ver por mi mismo á ese inmenso Briareo.»

A lo que observó: «Cerca de este sitio verás á Anteo, el cual habla, no está sujeto con cadenas, y nos acompañará hasta el interior de esta mansion del mal.

«El que deseas ver tú está mucho más lejano, encadenado

lo mismo que ese, con la diferencia de que su faz es mil veces más asquerosa y feroz.»

Jamás un terremoto produjo mayor sacudida ni causó tal estruendo, como el ocasionado por Efialte al agitarse súbitamente.

Entonces temí de tal modo la muerte, que acaso hubiera sucumbido al miedo, á no ver que el gigante yacia atado fuertemente. Seguimos nuestro camino y poco tardamos en llegar cerca de Anteo, que, sin contar la cabeza, sobresalia un metro á lo menos del abismo.

«Oh, tú que en el venturoso valle de Escipion conseguiste gloria tanta cuando Aníbal y sus parciales volvieron la espalda (1), tu presa fué la de mil leones, y que á tomar parte en aquella gran batalla tus hermanos, créese hubieras asegurado la victoria de los hijos de la tierra, haz favor de decirnos en qué sitio transitó el frio al Cocyto.

»No me dirijas á Ticio ni á Vifeo; mi amigo puede procurar lo que se desea aquí; así, pues, humíllate y no contraigas el rostro de esa suerte.

»Este aun puede pregonar tu fama por el mundo.» El gigante, tendiendo la mano, tomó á mi Maestro en los brazos, que de tal modo habian estrechado á Hércules. Cuando se advirtió cogido Virgilio, me dijo: «Haz de manera que pueda asirte yo;» lo que ejecutó de suerte que los dos parecíamos un solo bulto. Segun la Garisenda (2), que parece caerse del lado que se inclina al pasar una nube sobre ella, así me pareció Anteo al verle inclinarse, estando yo en aquel momento de tal modo, que hubiera preferido ir por otro cualquier camino.

Mas nos dejó con suavidad en el fondo del abismo que devora á Lucifer y á Judas; por un corto espacio quedóse inclinado, pero despues se irguió como el mástil del navío.

---

(1) Se refiere á la batalla de Zama.

(2) Garisenda, torre inclinada de Bolonia, llamada Torre Mozza, tiene 130 piés de elevacion. Tambien á corta distancia está la de Asinelli.

CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO

Recinto primero del círculo nueve ó sea el de Caín el fratricida. —En él están los traidores que lo fueron con sus parientes, metidos en un lago de hielo.—El Maese Alberto Camiccio de Pazz.—Recinto segundo, ó el de Antenor y los traidores á su patria.

QUISIERA que mi voz fuese cavernosa, segun debiera serlo para entonar el tenebroso antro descanso de los demás círculos, así tal vez expresaria mejor mi idea; más no siéndolo, emplearé mi balbuciente y débil voz.

No se trata de una cuestion puéril, y sí de dibujar el fondo del universo entero. Que acudan en socorro de mis versos aquellas mujeres (1) que auxiliaron á Amfion en la construccion de Tebas, para que mi canto no desmerezca del asunto de que trata.

Raza maldita sobre las demás razas, que moras en este lugar; del que no se puede hablar sin dolor, ¿por qué no te condujiste en el mundo como la simple oveja ó la humilde cervatilla?

Al llegar al fondo del oscuro pozo, todavía debajo de la planta del gigante, mirando yo las altas murallas, percibí una voz que decía: «Repara do posas el pié, para no pisar las cabezas de desdichados hermanos que aquí han sufrido las torturas.»

Volví la vista, y al frente de mí observé un lago que parecia cristalizado por el hielo.

Ni en Austria el Danubio, ni el Támesis bajo su frio cielo, tuvieron jamás una tan espesa cubierta de hielo, la que no romperian, aunque cayesen el Tabernick ó Pietra-Piana (2).

A la manera que asoman las ranas sus cabezas fuera del agua al emitir sus cantos, cuando el labrador principia á espigar, se hallaban las lívidas sombras enterradas en el hielo,

(1) Por las Musas.

(2) Tabernick, montaña de Eslavonia; Pietra-Piana, monte de la Toscana cerca de Luca.

hasta la parte del rostro donde se dibuja el rubor, castañeteando sus dientes, cual los picos de las cigüeñas.

Todas tenian el rostro mirando hácia abajo, diciendo sus bocas el frio que ateria sus miembros, y sus ojos la pena de su corazon. Luego de fijar mi vista reparé en el fondo y ví dos sombras, de tal suerte unidas, que se confundia el cabello de ambas cabezas.

«¿Quiénes sois, exclamé, vosotros, que tan enlazados estais?» Alzaron sus rostros, y despues de mirarme, las lágrimas que antes inundaban sus ojos, fueron cuajadas por el frio en sus pestañas.

Nunca ningun clavo estrechó de tal manera dos maderas, como se apretaron los dos condenados, topándose á semejanza de carneros; tal era el furor de que estaban poseidos.

En aquel punto, una sombra que habia perdido sus orejas á causa del frio, me dijo humillando la cabeza: «¿Por qué nos miras con tal atencion?

«Si deseas saber quiénes son esos dos, te diré, que la patria de su padre Alberto y la de ellos, fué el valle que atraviesa el Bicencio (1). Los dos tomaron forma en las mismas entrañas; y si recorres el círculo de Caín, no verás otra sombra más merecedora de estar enterrada en el hielo (2).

»Ni aquel á quien Arturo abrió el pecho de un golpe (3) ni

(1) El Bicencio corre por el valle de Falterona. Alejandro y Napoleon se dieron muerte en él, luego de fallecer su padre Alberto de Alberti.

(2) Círculo de Caín, morada de los traidores á sus parientes.

(3) Oculto Mordrec para matar á su padre Arturo, recibió de éste una lanzada que lo atraveso

Toccacio (1), ni el que con su cabeza me veda el ver más lejos, que se llamó Sassolo Mascheroni (2). Si procedes de Toscana, ya puedes conocerle, y para que ceses en tus interrogaciones, sabe que soy Camiccione de Pazzi, y que espero á Carlino, que ha de excusarme (3).

Despues ví millares de rostros ennegrecidos por el frio, los que, de tal suerte me aterraron, que nunca se borrarán de mi mente aquellos helados charcos. Yendo avanzando hácia el centro, no sé si el destino ó la casualidad hizo que pisara el rostro de una de aquella multitud de cabezas.

Súbitamente me gritó llorando el alma: «¿Por qué me pisas? Si es que no eres un aumento de la venganza de Monteperto, ¿á qué atormentarme así?»

El guia se paró, y yo dije al que aun proseguia en sus blasfemias: «¿Y quién eres tú que de tal modo maltratas á los demás?»

—«Dime antes quién eres tú que vagas por el círculo de Antenor (4), hiriendo los rostros con más dolor que si estuviesen vivos?»

—«Soy viviente, repuse, y puede que sea de tu agrado que ponga tu nombre junto con los que he podido reunir.»

Y me contestó: «No es tal mi deseo; huye de aquí y no me incomedes más; nada puede halagarnos en estas heladas aguas.»

Cogiéndole entonces por la nuca, le dije: «Dime tu nombre ó te quedarás sin uno solo de tus cabellos »

«Así me arranques los cabellos, ni aun te indicaré quién soy; ya puedes arrojarte mil veces sobre mi cabeza.»

Ya tenia enroscados y aun arrancados una parte de sus cabellos, mientras él aullaba con desencajados ojos, cuando una sombra gritó: «Bocca, ¿qué tienes? ¿No son bastante los rechinidos de los dientes, que todavía has de aullar así? ¿Que demonio te atormenta?

(1) Toccacio Cancellieri de Pistoia cortó la mano á su primo, y despues mató á su tio.

(2) Sassolo Mascheroni tambien mató á su tio; segun otros, á su sobrino.

(3) Camiccione Pazzi mató á su pariente Ubertino carlino, partidario de los gibelinos, y entregó por una cantidad á los güelfos el castillo de Piano di Trevigne, sito en el valle de Arno.

(4) El círculo de Antenor, donde están los traidores á la patria. Antenor vendió á Troya, escondiendo en su palacio á Ulises.

—«Ya no quiero que hables, le dije, aleve traidor; para baldon eterno daré de tí noticias verdaderas (1).

—»Vé, me respondió, y dí lo que gustes; mas si sales de aquí, acuérdate tambien del que tuvo la lengua tan dispuesta.

»Llorando se halla aquí el soborno que recibió de los franceses. He visto, dirás, á Buoso Duera, donde los pecadores están helados.

»Por si te preguntan el nombre de los demás, dí que á tu lado está Bechería, decapitado en Florencia. Algo más lejos creo que tambien están Guianni del Soldaniero, Ganellone y Tabadello, quien abrió las puertas de Faenza aprovechando el sueño de sus defensores (2).»

Algo retirados de esta, vimos otras dos sombras heladas igualmente, que la cabeza de la una hacia de capirote á la otra.

Y á imitacion del hambiento en el pan, clavó el de debajo sus dientes en el otro, en el sitio donde el cerebro se junta á la nuca. Tideo no machacó con más saña las sienes de Menelippo, que lo verificó aquel con el cráneo de su compañero.

«¡Ah! tú que denotas tan claramente el ódio contra la víctima que devoras, dime qué motivo te lo dicta; pues conviene, si de tu parte está la razon, que yo sepa el crimen y quiénes sois, para poder ejercitar tu venganza allá en el mundo, á no ser que se seque la lengua que ahora te habla.»

(1) En Monte-Aperto, el güelfo Bocca, seducido por los gibelinos, cortó la mano á Jacobo Pazzi, que ostentaba el estandarte de su partido. Asustados los güelfos al caer su bandera, se dispersaron desordenados, perdiendo la batalla.

(2) Traidores á la patria.

CANTO VIGÉSIMOTERCERO

Ugolino y el arzobispo Rogerio.—Historia del conde Ugolino.—Recinto tercero, el de Ptolomeo y los traidores de sus huéspedes.—El hermano Alberico.

El pecador apartó su boca del horrible alimento, y secándola en los propios cabellos de la cabeza que le habia servido de comida, me dijo así: «Quieres que acibare mi pena con el nuevo recuerdo que me llena de angustia sólo al pensar que he de hablar de él.

«Mas si mis palabras pueden ser el gérmen de baldon é infamia para el traidor que devoró, á un tiempo hablaré y sollozaré.

»Ni sé quién eres, ni cómo has podido llegar aquí; pero en tu acento entreveo que eres florentino. Ante todo, sabe que soy el conde Ugolino, y éste el arzobispo Ruggieri (1). Ya te diré por qué mi crueldad con mi vecino.

»Creo escusado decirte que por su perfidia me vi preso y condenado; lo que ignorarás será la crueldad de mi muerte, mas te la referiré y verás si debo odiarle. Una pequeñísima abertura practicada en la torre, que á consecuencia de mi suplicio tomó el nombre de Torre del Hambre, en la que todavía estarán sufriendo otros muchos, me habia indicado ya por su rendija la venida de varios dias, cuando tuve el sueño que rasgó el velo de mi porvenir.

»En él se destacaba Ruggieri como amo y señor arrojando un lobo y sus hijos hácia el monte, causa por la cual los pisanos no pueden ver la ciudad de Luca (2).

(1) Ugolino, descendiente de los condes de la Gherardesca, en 1288 gobernador de Pisa. El arzobispo Ruggieri, celoso de su mando, divulgó la especie de que era traidor, y ayudado por los Sismondi y Gualandi, fué hácia el palacio de Ugolino reduciéndolo á prision con sus dos hijos y dos nietos, en la torre Degli Anciani. Las llaves de la prision, que á consecuencia del suplicio de Ugolino tomó el nombre de Torre del Hambre, fueron sepultadas en el Arno.

(2) Monte San Julian.

»El conde de Gualdani, seguido de los Sismondi y Lanfranchi, llevaba á su lado algunas perras flacas, pero ágiles y diestras. Al principio de la carrera creí que el lobo y sus cachorros estaban rendidos, y que se devoraban sus costados con sus afilados dientes. Al despertarme antes de la aurora, vi que mis hijos estaban conmigo, pero que llorando y soñando me pedian pan.

»Mal corazon tendrás si no te apena ya la idea de lo que desde entonces presagió mi alma; y si esto no te conmueve, ¿qué te podrá conmover?

»Despiertos ya, y cercana la hora del alimento, cada uno dudaba por influencia de su sueño. Yo percibí el ruido, al cerrarse las puertas de la horrible torre, y me limité á contemplar á mis hijos sin articular palabra.

»Mis lágrimas iban secándose, á medida que la indiferencia helaba mi corazon, mas ellos seguian gimiendo; al observar mi pequeño Anselmo el estado de mi sér, me dijo: «Padre mio, ¿qué te pasa para mirarnos así?»

»Empero, ni lloré, ni respondí en aquel dia, y la otra noche, hasta que se alzó otro sol en Oriente. Al penetrar uno de sus más ténues rayos en la cárcel del dolor, ví en cuatro fisonomías el retrato de lo que debia ser la mia; entonces, en mi desesperacion empecé á morderme las manos, y mis hijos, creyendo que lo hacia impulsado por el hambre, súbitamente se incorporaron, diciéndome: «Padre, si quieres amenguar nuestro horrrendo dolor, cómenos: tú que nos cubriste de esta mísera carne, despójanos de ella.»

Aquí hice por calmarme para no acibarar más su pena, permaneciendo mudos aquel dia y los que siguieron. ¡Oh cruel tierra! ¿Por qué no nos tragaste?

«El dia cuarto, Gaddo se arrojó á mis plantas diciéndome: «Padre mio, ¿por qué no vienes en mi socorro?» Y en aquella postura, y sin poder moverse más, falleció; los otros tres murieron entre el quinto y el sexto dia. Ciego ya, á tientas fui á abrazarlos dos dias despues; luego el hambre tuvo más fuerza que el dolor.»

Cuando acabó de hablarme de esta suerte con ceño torvo se volvió á agarrar al cráneo miserable, en el que sus dientes, imitando los de un lobo furioso, penetraban hasta los tuétanos.

¡Oh Pisa! baldon de las naciones del precioso país en que el *sí* resuena, puesto que tanta calma invierten tus vecinos en tu castigo, que se derrumben Capraja y Gorgona (1), formando un dique en la boca del Arno, para sepultura de tus moradores! Si al conde Ugelino se le acusó de haber querido entregar tus castillos, sus hijos no debian tener tan desastroso fin; nueva Tebas por probar su edad tierna la inocencia de Uguccione, Brigata y de los demás enunciados en mi canto.

Despues fuímos hácia el sitio en que el hielo cierra cruelmente varias sombras de cabeza abajo. Las lágrimas derramadas allí impiden el curso de otras nuevas, y la pena que no puede salir por los ojos, se reprime interiormente y aumenta la angustia.

Las primeras lágrimas se congelan y se quedan agrupadas como un cristal debajo de la cavidad de los ojos; y si bien mi rostro endurecido por el frio, era casi insensible, me pareció

(1) Dos islas en la embocadura del Arno.

percibir algun viento. «Querido guia, dije, ¿qué es lo que aquí se mueve? ¿Hay aquí, por ventura, algun soplo sin extinguir?»

Y me contestó: « Luego lo sabrás; en breve verás la causa de ese viento.» Entonces nos gritó uno de los condenados en aquel témpano de hielo: «Almas pecadoras que os han arrojado al último círculo, quitadme del rostro estos duros velos para atenuar un tanto el dolor que inflama mi corazon antes que vuelvan á helarse mis lágrimas.»

Yo le repuse á mi vez: «Si deseas alivio, dime quién eres; y luego, si no te complazco, que caiga para una eternidad en el fondo de ese páramo.»

Entonces dijo: « Yo soy fray Alberico, el sér cuyo jardin produjo tan malos frutos, y aquí estoy recibiendo un dátil por un hijo (1).»

«¡Oh! le repuse, ¿con que has muerto ya?» Y él contestó en seguida:

»Ignoro cómo se hallará mi cuerpo allá en el mundo. Ptolomeo tiene el don de coger las almas alguna vez antes de que las arroje Atropos (2).

»Para que me quites las lágrimas con más gana, te diré que tan pronto hace el alma una traicion así como la mia, le es quitado el cuerpo por un demonio, que dispone de él hasta el término de su vida, cayendo desde luego el alma en este frio pozo. Tal vez permanece aun en lo alto el cuerpo de la sombra que está tras de mí en este hielo.

»La debes conocer, si hace poco que llegaste: es Branco de Uria, aunque ya está muchos años encerrada en este lugar (3).»

—Me figuro, le dije, que no dices verdad, pues Branco de Uria aun no murió, puesto que come, bebe y viste allí arriba.

—«En el foso Malebranche, repuso, donde hierve obstinadamente la pez, aun no habia caido Miguel Sancho, que ya Branco habia puesto un demonio en su cuerpo y en uno de

(1) Fray Alberico, reñido con todos sus parientes, fingió un dia querer la reconciliacion, con cuyo objeto les invitó á una gran comida; pero á los postres los mandó asesinar. De aquí vino un proverbio que dice: «Probó las frutas de fray Alberico.

(2) Círculo de Ptolomeo, do están los traidores á la amistad.

(3) Branco de Uria, genovés, matador de su suegro.

sus cómplices en la traicion. Ahora, alarga la mano y abre mis ojos.»

Mas yo no se los abrí, pues fué lealtad el ser desleal con él.

¡Oh genoveses! enemigos de la virtud y amigos del vicio, ¿por qué todavia no habeis sido expulsados del mundo?

Al lado del genio del mal de la Romaña, he hallado á uno de vosotros, el que por sus acciones tiene su alma sumergida en el Cocito, en tanto su cuerpo parece vivir en lo alto.

CANTO TRIGÉSIMOCUARTO

Recinto cuarto, ó el de Judas y los traidores con sus protectores.—Lucifer se halla encadenado en él.—Virgilio explica la creacion del Infierno.—Los poetas abandonan la ciudad de las lágrimas y vuelven á ver lucir las estrellas.

Fija tu vista hácia adelante, me dijo mi guia, por si puedes distinguir las banderas (1).»

Así como cuando domina la niebla espesa, ó tiende la noche su negro crespon sobre el hemisferio, parece verse á lo lejos una especie de molino que hace mover el viento, así me pareció entrever un lejano edificio. Y para resguardarme del viento me encogí detrás de mi Maestro, á falta de otro abrigo.

Amedrentado, y lo demuestro en mis versos, estaba yo en el lugar en que las sombras, completamente cubiertas por el hielo, semejan por la trasparencia simples pajas entre cristales.

Unas se hallan echadas, otras de pié, y hay algunas que guardan la forma de un arco, con la cabeza tocando á los piés. Así que mi Maestro juzgó que habíamos avanzado lo suficiente para mostrarme la criatura que antes tuvo tan hermoso aspecto, paróse ante mí, y me obligó á detenerme: «Hé aquí á Dite (2), me dijo; este es el sitio en que debes usar de todo tu valor.»

(1) Las banderas del rey de los Infiernos.
(2) Dite Lucifer.

Lector, no quieras preguntarme cuál me quedé sobrecogido y frio entonces, pues no lo podría describir. No morí, y á pesar de ello, no vivia; juzga por tí mismo por poca imaginacion que te ayude, lo que seria de mí viéndome á la vez privado de la vida y de la muerte.

El emperador de aquel triste imperio asomó el pecho por entre quel helado mar, siendo más proporcionada mi estatura á la de un gigante, que no lo era la de éste repecto á la magnitud de sus brazos; compara cómo seria el todo de su cuerpo.

Si fuese tan hermoso como deforme es hoy, y si se atrevió á alzar su vista contra su Creador, él debe ser el causante de sú mancha ó fealdad.

Para mí fué gran asombro observar tres rostros en su cabeza (1), encarnado uno á la parte de delante, y los dos restantes unidos á éste, enmedio de cada hombro, reuniéndose los tres en la parte superior de la cabeza.

El rostro de la derecha aparecia blanco y amarillo, y el de la izquierda era del color de los que pueblan el país en que se engolfa el Nilo. De debajo de sus dos cabezas salian dos inmensas alas, con arreglo al volúmen de tan prodigiosa ave, sin que yo haya podido ver vela de buque que les pueda ser comparada.

Aquellas alas no estaban vestidas de pluma alguna, asimilando á las del murciélago; al agitarlas era tal su aleteo, que producia tres diferentes aires.

El Cocito estaba helado en torno suyo; sus seis ojos lloraban á la par, inundando sus tres barbas las lágrimas y una sanguinolenta baba. Con los dientes de cada boca despedazaba un pecador, asemejándose á las máquinas que trituran el lino, de suerte que hacia tres víctimas á un tiempo.

Los mordiscos que sufria el de la parte de delante eran nada, en comparacion de las heridas causadas por las garras; ni aun piel tenia ya en los riñones.

«El alma que más sufre allá arriba, dijo mi guia, es la de Judas Iscariote, que mueve su cabeza en el fondo de la boca, y sus piernas á la parte de afuera.

»De los que tienen la cabeza hácia abajo el que cuelga de la boca negra es Bruto; repara cómo crispa sus miembros sin

(1) Representacion de los europeos, los asiáticos y los africanos.

decir palabra; el que parece tan fornido es Casio; pero la noche está encima, y debemos partir, puesto que nada nos queda ya por ver (1).»

Con arreglo á su voluntad, me así á su cuello, él aprovechó la circunstancia y el punto favorable; cuando tendió bastante las alas, se agarró á las velludas costillas de Lucifer, y fué descendiendo de pelo en pelo hasta el espeso tuson y los carámbanos.

Una vez llegamos á la parte superior del muslo, mi Maestro, con mucha pena, volvió la cabeza hácia donde tenia los piés, y se asió del pelo como hombre que sube, de suerte que me figuré que volvíamos al Infierno.

«Afiánzate bien, pues solo por esta escala, dijo mi guia fatigado por el cansancio, puede salirse de la mansion del mal.»

Luego pasó por la hendidura de un peñasco, dejándome en el borde, para que me sentara, despues de colocar por precaucion su pié cerca de mí.

Alcé la vista y me figuré ver á Lucifer tal como le habia dejado, y le observé con las piernas levantadas. Si hube ó no de aterrarme, que lo digan los humanos turcos, que no han visto el sitio por donde pasé.

«Levanta me observó el Maestro, pues el camino es largo y penoso, y el sol está en la octava hora del dia.»

El camino que andábamos no iba á ningun palacio, y sí sólo á una caverna; el piso era muy dudoso y la luz dudosa.»

«Maestro, dije yo de pié, antes de apartarme de este abismo, habla un poco para disipar mis dudas. ¿Dónde está la nevera, y por qué Lucifer se halla hundido boca arriba, y cómo en tan corto tiempo ha hecho su carrera el sol?»

A lo que repuso: «Tú te figuras hallarte todavía en el confin del círculo en que me así del pelo del miserable gusano que cruza el mundo, y no has estado en él mientras yo descendia; mas al volverme pasaste ya al sitio que es centro de atraccion de todo peso (2).

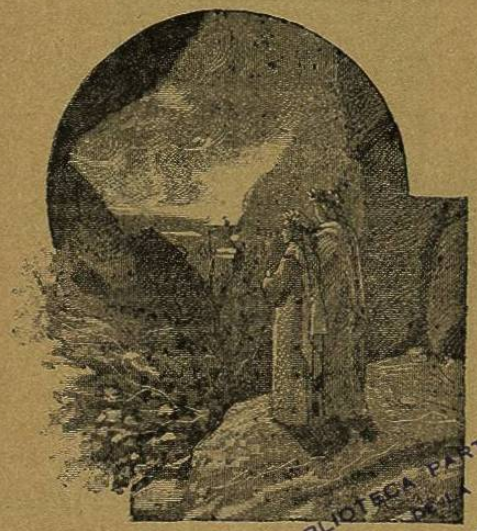
»Te hallas en el hemisferio cercano y opuesto al que cubre el gran desierto, bajo cuya bóveda apareció el hombre que

(1) Bruto y Casio se hallan en el círculo de Judas el deicida, esto es, en el centro del Infierno, como regicidas y traidores. Hay que recordar que Dante era partidario de los emperadores.

(2) Dante adivinó la ley de gravitacion.

nació y vivió sin pecado (1). Pisas la pequeña esfera, antípoda de la Judea.

»Luce aquí el dia cuando allá es de noche, y el que con su pelo nos sirvió de escalera, sigue clavado como lo estaba antes. Fué arrojado del cielo por esta parte, y la tierra, que antes se hallaba aquí, asustada, se convirtió en velo del mar, dirigiéndose á nuestro hemisferio, tal vez huyendo de Lucifer; la parte que allí ves amontonada, dejó el vacío este (2).



BIBLIOTECA PARTICULAR
Srita. Felicitas Lozaya
PROFESORA DE CANTO

»Allí hay un sitio, lejano de Belcebú por todo lo extenso de su tumba, del que no se ve, pero se oye el murmullo de un arroyo que viene á el por un hueco que se abrió en la peña, en su sinuoso y suavemente inclinado curso.»

(1) Jesucristo.

(2) Quiere indicar la montaña del Purgatorio.

Mi Maestro y yo penetramos en aquel camino cubierto para tornar al mundo de la luz; y sin parar, ascendimos mi guia delante y yo detrás, hasta que ví por una abertura circu-

lar las preciosidades que contiene el cielo, y últimamente salimos para volver á contemplar las estrellas (1).

(1) Dante quiso que terminase cada uno de los tres cantos con la palabra *estrella* (stelle).

FIN DEL INFIERNO

PURGATORIO